

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III
NUM 99

40 Cents.

9 ENERO
1927



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAISES AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



PROGRAMA
PARA HOY

UN TESORO
EN EL
MAR

Sensacional

GRAN CINE

TAQUILLA



Los amotinados del arrecife.



ARÍA llegado ya el sol poniente casi al horizonte del mar embravecido, cuando una fuerte brisa, último resto de la rugiente tempestad que no hacía una hora se había desencadenado, gemía tristemente entre las palmeras que poblaban una diminuta isla del mar del Sur. Era, en realidad, dicha isla poco más que un peñasco rodeado por un arrecife de coral. Componíase aquella isleta de San Paulino de un litoral de plateadas arenas, más allá del cual crecían las oscilantes palmeras con hojas verdes oscuras, y en el centro se alzaba un elevado y peñascoso cerro tan árido como repulsivo.

Alrededor del cerro se extendían las tranquilas aguas azuladas de una laguna, mientras que una barrera o arrecife de coral detenía las atronadoras oleadas del verde Océano. En las encalmadas aguas de aquella laguna mecíase, inquietamente sobre sus anclas, un vaporcillo mercante llamado *Rosa*.

Multitud de hierros torcidos y los botes de salvamento llenos de golpazos revelaban su reciente lucha con la tempestad. En reparar los daños causados por la tormenta estaba trabajando con la mayor actividad toda la tripulación del barco.

Hasta el pequeño Ricardo Peterson, grumete del vaporcito, tenía su tarea. Estaba encargado de ir a tierra para llenar de agua y transportar a bordo una barrica —suficiente para las atenciones más necesarias de los tripulantes—, porque al depósito de agua del barco durante la tormenta se le abrió un escape, por el cual perdió todo su contenido.

A la mañana siguiente, todos los marineros, ya desocupados, irían, de seguro, a tierra para llevar agua suficiente para el resto del viaje; pero ahora todos aquellos hombres eran imprescindibles para el arreglo, que a toda prisa, hacían del barco, por lo cual tenía Ricardillo que ir solo a tierra con el consabido barril. Lo llevaba en un botecillo —el único que les quedaba sin averías—, y trataba de desear de su ánimo, al atravesar la laguna, un desagradable presentimiento.

Hizo encallar el bote en la arenosa orilla, saltó a tierra y empujó la barca hasta dejarla en seco. Cogió en hombros el barril para el agua y avanzó por el ribazo arriba en dirección a la zona de las palmeras. Habíase casi calmado su inquietud.

Aunque estaba el sol próximo a ocultarse y las palmeras con la luz del ocaso aparecían sombrías y poco atrayentes, Ricardo sabía que dentro de un breve instante, repentinamente y casi sin mediar crepúsculo alguno, se vería sumido en la más densa oscuridad.

El viento, gimiendo entre los árboles, originaba una música muy poco a propósito para los oídos de un jovenzuelo tan imaginativo como Ricardillo. Al entrar en la espesura de las palmeras miró desconfiadamente a uno y otro lado entre los sombríos troncos y se paró a escuchar. Aunque no muy fuerte, porque procedía de bastante distancia, pudo oír el murmullo del agua corriente que buscaba.

Avanzó Ricardo por entre los troncos en la dirección que le indicaba el ruido del agua y, según avanzaba, despertóse en él una extraña sensación de que alguien le espiaba.

Volvióse repentinamente varias veces para mirar hacia atrás, y aunque nada alarmante pudo ver, siempre le parecía que si hubiese mirado con mayor prestreza hubiera visto algo, pero sin poder imaginarse qué peligro le amenazaba. Sobrecojió un gran terror y echó a correr, pero pronto se paró riéndose.

—¡Qué majadero soy! —dijose—. ¡Tantos años deseando ver una de estas islas, y ahora que estoy aquí, me siento muerto de miedo! ¡Hay que rehacerse, Ricardito!

Se rehizo, en efecto, lo bastante para avanzar animosamente entre los sombríos troncos de las palmeras, pero persistía en su ánimo aquella extraña sensación. No sólo le parecía sentir que le espiaban, sino también que alguien le seguía sus

pasos. Varias veces creyó sentir el ruido de ramas o tallos causado por el paso del perseguidor. Pero como ya se había puesto el sol, en las tinieblas que le rodeaban nada pudo distinguir. No era, sin embargo, la oscuridad muy intensa, porque algunas hermosas y brillantes estrellas esparcían en el cielo una radiación plateada que se filtraba por entre las oscilantes hojas de las palmeras, y, al fin, por aquella débil claridad pudo Ricardillo distinguir la agitada superficie de un arroyuelo que corría velozmente entre los árboles.

Sin más tardar se arrodilló junto a la corriente y sumergió su barril en el agua fresca y cristalina. Súbitamente oyó unos pasos detrás de él, por lo que volvióse el muchacho con gran viveza. Un hombrerón barbudo se alzaba a su espalda, el cual, con sus manazas, tapó la boca de Ricardo instantáneamente para sofocar por completo el grito que iba a lanzar. De entre los árboles salieron en seguida otros cuatro bandoleros —un corpulento negro, dos marineros indios y un hombre blanco—, cuadrilla de aspecto tan innoble y villano que no hay palabras para expresarlo.

Dominado por un temor indecible, defendióse Ricardillo con violencia y coraje, que fueron por completo inútiles.

—¡Quietos! —gruñó el hombrerón que primero le había apresado—. No queremos maltratarte. No lo haremos si te estás quieto. Pero si...

Quedó sin concluir la amenaza, y dejaron en pie al muchacho, empujándole hacia adelante por entre los árboles. Por fin, salieron de entre las palmeras y empezaron a subir por una loma pelada de un montecillo, a cuyo extremo se abría, siniestra, la boca de una caverna, ante la cual se pararon. Dentro brillaba una gran hoguera, ante la cual otro indio se afanaba removiendo algo en una olla de hierro. Uno de los hombres parados en la boca de la cueva sacó un trozo de cuerda, con la que ataron las manos a Ricardo, empujando en seguida al pobre muchacho hasta un sitio junto al fuego.

—Ponedle donde no le perdamos de vista —dijo el hombre blanco—. Sacad unas *butacas*, muchachos, y os contaré un cuento.

Sacaron las *butacas*, que eran cajones viejos, latas de galleta de mar y otros cachivaches por el estilo, las pusieron alrededor del fuego y sentáronse todos los de la cuadrilla, demostrando gran expectación por lo que su jefe iba a decirles.

—Ya tenemos al mozalbete en nuestro poder, según mis planes —comenzó a decir—. Dentro de un rato, cuando la gente del barco vea que no vuelve el muchacho, de seguro enviarán a tierra cinco o seis hombres a buscarle. Será para nosotros tarea bien fácil sorprenderlos y amarrarlos, y en seguida no nos queda más que coger el bote para ir al barco a someter a los pocos hombres que queden a bordo. Yo creo que toda la tripulación se compondrá, todo lo más, de unos doce, ¿no es eso, muchacho?

Apretó Ricardillo sus labios tenazmente. Ya había comprendido la infamia que proyectaban aquellos granujas, y no quería ayudarles en lo más mínimo. «Está bien, granujilla —rezongó el jefe—; pero no importa; de seguro que a bordo no hay tanta gente que por sorpresa no podamos arrollarlos. Y cuando el barco de guerra venga a prender a los amotinados del *Marne*, se encontrará a estos otros ciudadanos en vez de nuestras ilustres personas». Grandes carcajadas estallaron entre sus oyentes, que, evidentemente, aprobaban muy gustosos aquellas ideas. «De este modo —continuó el orador—, mientras que vuelven a Sumatra y hacen sus averiguaciones, me apuesto cualquier cosa buena a que estamos lo bastante lejos de aquí para poder escapar de sus garras». ¡Pum! Un estallido rompió la tranquilidad de la noche; callóse aquel granuja, mientras que un brillante cohete subió hasta dejarse ver por encima de las copas de las palmeras. «Esa es una señal para advertir a este canalla que vuelva a su botecillo —dijo sonriéndose—; Julio, lo mejor sería que te fueras a la atalaya para observar si echan al agua otro bote. Ya sabes la señal que has de hacernos». Levantóse el negro a quien se



dirigían estas palabras. El resto de los sublevados se agrupaba justamente más allá del fuego que ardía a la entrada de la cueva, mientras que Ricardo estaba echado a

un lado de la hoguera, casi en la boca de la caverna. ¡Pero ya estaba desatado! Lo había conseguido rozando sus ligaduras contra un saliente de la roca hasta cortarlas. No le pareció, por lo pronto, haber mejorado gran cosa por tener libres sus manos, porque todos aquellos forajidos estaban armados y no vacilarían en dispararle si probaba a escaparse.

Pero en seguida se le ocurrió una artimaña. Al pasar el negro entre él y los otros hombres, dió el muchacho un enérgico salto. Entonces, antes de que los granujas aquellos se diesen cuenta de lo que sucedía, lanzóse al fuego para dar una vigorosa patada al gran puchero de hierro que allí había. Al derramarse su contenido sobre las llamas, levantóse una espesa nube de vapor y de sofocantes humos que llenó por completo la reducida cueva, haciendo toser violentamente a los facinerosos.

Sin perder momento, aprovechándose de la cortina con que la nube de vapor le protegía, salió Ricardito escapado y corrió por la rocosa pendiente abajo hacia la zona que cubrían las palmeras.

Julio, el corpulento negro, extendió violentamente sus manazas para ver si atrapaba al muchacho; pero Ricardillo, ágil como una anguila, se le fugó, y un momento después estaba ya escondido entre los troncos de las palmeras. Durante un rato paróse el muchacho jadeante y sin aliento. Oía desde allí el coro de gritos coléricos que lanzaban los malhechores, que, un instante después, se lanzaban fuera de la cueva, y, capitaneados por el furioso energúmeno Julio, avanzaron hacia el bosquillo de palmeras con un movimiento envolvente. Viendo lo cual, volvió Ricardillo a reanudar su carrera. No tardó en salir de entre los sombríos árboles para correr sobre la estrecha faja de plateada arena y lanzarse derecho hacia un barquichuelo. Ansiosamente saltó dentro de él, y le hacía ya bogar, cuando apareció el jefe de los bandoleros. Escapóse un grito de rabia de los labios de éste al ver que se le iba a escapar el muchacho, agachóse al suelo y cogió un trozo de roca

que encontró allí suelto. Zumbó por el aire aquella masa de piedra llena de picos contundentes, que fué a chocar contra el bote de Ricardo, justamente por bajo de la línea de flotación. Vió el muchacho en seguida abrirse un agujero, no muy grande, en un costado de su barca, y se crispó su pálido semblante al ver que se inundaba rápidamente. Decidióse a no volver a la isla, puesto que le quedaba la esperanza de llegar a la orilla del arrecife o barrera exterior antes de que se hundiese el bote. El *Rosa* estaba anclado cerca del arrecife, así es que le sería fácil al fugitivo llamar la atención de la gente de a bordo. De momento era inútil gritar, porque el estruendo de las olas que se estrellaban sobre la parte exterior del arrecife ahogaría en absoluto todos los gritos. Siguió, pues, remando. El pálido creciente de la luna mal iluminaba la oscura masa del arrecife, erizada de picos y garranchos. Pronto comprendió Ricardo que, aunque se matase a remar con todas sus fuerzas, no podría llegar al arrecife antes de que el barquichuelo se hundiese.

Lentamente subía el nivel del agua. Tiraba Ricardo frenético de los remos; pero veía que el bote, lleno ya de agua, no avanzaba casi nada. Llegó, pues, el desastre. Con un ligero borboteo hundióse la proa del bote por bajo del nivel de la laguna; y un instante después estaba ya Ricardillo en el agua braceando reciamente hacia el arrecife.

No había que nadar gran distancia, y Ricardo era buen nadador; pero surgió un enemigo que haría muy remotas sus probabilidades de alcanzar la orilla del arrecife. La escasa luz de la luna saliente mostro a Ricardo una aleta de pez, negra

y triangular, que cortaba el agua dirigiéndose rápidamente hacia él. Había leído que el mejor modo de asustar a los tiburones era manotear en el agua y hacer cuanto ruido fuese posible, y así lo hizo. A ese recurso le debió la vida. Desconcertóse el fiero tiburón por el rebullicio del agua y se detuvo un poco, dando tiempo a que Ricardo llegase al arrecife.

Con la emoción que es de suponer, apresuróse a salir del agua, y al hacerlo tropezó su mano con algo frío y duro que estaba metido entre una grieta de la roca. Con gran curiosidad sacó aquel objeto. Era una cajita de hierro muy oxidado por el largo tiempo que llevaba en aquel sitio; pero Ricardo pudo con dificultad deletrear la palabra que había grabada en la tapa, leyendo «Isabella», y debajo una fecha, «1762». Quedóse el muchacho durante un momento mirando fijamente aquel encuentro, como deslumbrado. Evidentemente, se trataba de una reliquia procedente de algún barco naufragado sobre el arrecife, resto que sin duda había arrojado el mar contra aquella hendidura de la roca, donde tantos años había permanecido hasta que dieron con él las manos del muchacho; ¿pero qué contendría?

Olvidándose por completo de su apurada situación, del naufragado bote y de cuanto le sucedía, Ricardo, animado por su excitación, trató de levantar la tapa de la cajita. La oxidación, actuando durante tantos años, había casi destruido la cerradura, así es que la arqueta se abrió fácilmente. El interior le mostró un espectáculo que le hizo contener su respiración súbitamente. Una sarta de perlas de una blancura lechosa, sujeta por un broche de diamantes y otros dos gruesos brillantes, cuyo gran valor era evidente, relucían y destellaban a la luz de la luna. Durante un momento quedó Ricardo sobrecoído por el asombro.

Volvió a la realidad al ver elevarse en el aire otro luminoso cohete.

Se veía que a bordo del *Rosa* estaban ya muy inquietos por su paradero, puesto que hacía más de dos horas que había salido del barco. Cerró, pues, la arqueta de hierro y comenzó a caminar a lo largo del arrecife, marchando con gran precaución por el coral resbaladizo.

Estaba como a un cuarto de milla de donde se mecía el *Rosa* sobre sus anclas, pero mucho antes de que anduviese aquel trayecto sobre el arrecife,

le vieron desde el buque y enviaron una lancha para recogerle.

Poco más queda por contar de esta historia. Aunque los marineros rebuscaron cuidadosamente al día siguiente por todo el arrecife, no encontraron la menor señal de ningún otro tesoro ni de naufragio alguno.

Todo lo demás había sido dispersado por el incesante machaqueo del mar hacía ya mucho tiempo; pero la arqueta de hierro, incrustada en una grieta del coral, aguardó en el arrecife años y años hasta ser descubierta por Ricardo.

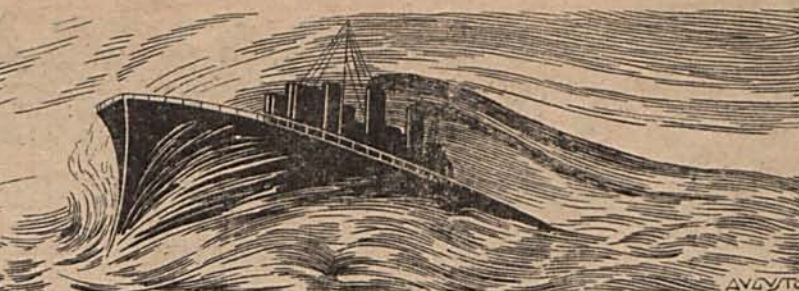
Se decidió dejar que los amotinados desertores se viesan las caras con las autoridades navales, que arreglarían pronto sus asuntos; así es que solamente enviaron a la isla una fuerte patrulla muy bien armada, que desembarcó para hacer abundante provisión de agua.

Ricardo es actualmente propietario de un hermosísimo barco.



EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A.M. GIANELLA



(Continuación.)



ROSEGUID.

—Hay una circunstancia que yo olvidaba, la cual hace creer que mi joven amigo presenció la escena.

—¿Y es?

—Esta: que él recogió algunas tablas pertenecientes a los dos barcos hundidos y de cada uno ha enviado unos trozos, rogándome os los entregue, ahora lo recuerdo.

El anciano registró sus bolsillos apresuradamente, sacó dos pequeños trozos de madera y los colocó con exagerada delicadeza en un ángulo del escritorio.

¿Era una feroz ironía, o era una escrupulosidad inaudita? Misterio.

El señor J. H. Rydhal, después de haber declarado que nada más tenía que añadir a cuanto había referido, despidióse y salió, dejando al pobre armador preguntándose quién de los dos estaba loco: él o el hombre que acababa de marcharse.

La noticia de que los dos barcos, *Miss Ellen* y *Reina Victoria*, cargados de maderas de valor, se habían perdido, fué confirmada algunas semanas después con todos los detalles que ya conocemos.

La impresión que causó aquel hecho, puesto en relación con el extraordinario robo del crucero *General Belgrano*, fué enorme e indescriptible.

El gobierno inglés se ocupó seriamente en ello y transmitió órdenes a todas las estaciones navales para la busca y captura del crucero sin nombre o para su destrucción.

Muchos, sin embargo, se mostraron incrédulos y negaron su existencia, afirmando que la época de los piratas había pasado.

No pensaba del mismo modo el capitán Davy. El desgraciado armador, demasiado débil para poder sufrir un doble golpe de tal naturaleza, quedó anonadado, y tuvo que declararse en quiebra.

De aquella inesperada ruina su nombre salió perfectamente limpio, pero la miseria vino a llamar a su puerta.

¿Qué hacer? ¿Suicidarse? ¿Cometer una vileza? Eso nunca.

Con los últimos residuos de su liquidación compró un pequeño bergantín y lanzóse al mar en busca de otra fortuna.

Mas en medio de aquella cruel sombra de su desventura, dos ángeles estaban a su lado para consolarle. ¡Su esposa y su hija!

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

Los secretos de un camarote.

I

MOP

Es tiempo ya de volver a bordo del misterioso crucero en el cual habían sido recogidos el capitán Jaime Davy, su hija miss Ellen, el marinero irlandés Patrick y el valiente perro *Blanck* en circunstancias que seguramente nuestros lectores no han olvidado.

Pero ¿en virtud de qué dramáticos sucesos el capitán Davy y su querida hija, a los cuales hemos dejado en camino de conquistar una nueva fortuna, habían sido, en cambio, encontrados, medio muertos, sobre una balsa perdida en la soledad del Pacifico?

La historia lo dirá más adelante.

Al aparecer en la puerta del camarote el enmascarado, el capitán Davy y Patrick el marinero hicieron un gesto de alegría.

—¡Al fin! —exclamó el bravo irlandés—. ¡Creía que nos habíais olvidado!

Jaime Davy hizo un grande esfuerzo para dominar la de-

bilidad extrema de que era víctima y se arrastró con las manos juntas y ojos suplicantes hacia el desconocido, que permanecía inmóvil de pie, apretados los puños, la mirada centelleante y fija en el rostro del infeliz padre, como si quisiese devorarlo.

—Señor —dijo el capitán Davy, sin preocuparse de tan extraña actitud, pensando tan sólo en su hija, en su Ellen, que agonizaba como una tierna flor que se seca—. Señor, quien quiera que seáis, socorrednos... Oh, no; a mí, no... No sé lo que digo. Socorred a mi hija, aquella jovencita, mirad... Es aún casi una niña; escuchadme, pues, ¿no veis que se muere?... ¿Por qué no os movéis?

El enmascarado se estremeció e hizo ademán de avanzar. Pero repentinamente se detuvo, y con una cruel indiferencia cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó la espalda en el marco de la puerta así como para impedir a alguien el paso.

—Señor... —balbució Jaime Davy asombrado—, ¿no habéis oído lo que os he dicho?

—Lo he oído —respondió el desconocido sordamente.

—Os he suplicado auxiliéis a mi hija...

—Sí.

—Y no os movéis..., no dáis un paso, nada.

—No.

—Pero se está muriendo...

—Que se muera.

Patrick, al escuchar tan duras palabras, dió un salto como si le hubiesen herido con un arma.

—Señor —dijo acercándose con un aire entre amenazador y extraño—, ¿os dáis cuenta de lo que decís?

—¡Insolente! ¡Cuidado con lo que decís! —rugió el incógnito.

—Ofendíedme si queréis, pero escuchadme —prosiguió impertérrito el valiente marinero—. Aun a costa de incurrir en vuestra cólera, os hago observar que cuanto hasta ahora habéis dicho es digno...

—¡Cuidado, bellaco!

—Es digno del más feroz asesino.

El enmascarado ahogó un rugido y se abalanzó sobre Patrick, el cual le esperó firme, con aire de desafío, desdenoso.

Dos robustos brazos le cogieron de improviso por medio de la cintura, al propio tiempo que una voz varonil y de simpático acento dijo:

—Perdonad, mi comandante. Pero tan cierto como que me llamo Mop es que no tenéis razón, y este valiente joven se ha expresado como un filósofo de la antigua Grecia.

Y el antiguo huésped de las cárceles inglesas, pues él era en persona, el ex ladrón, soltó los brazos, viniendo, mediante un rápido movimiento, a colocarse frente al enmascarado, añadiendo:

—Este tunante de Mop, señor comandante, quiere impedir a toda costa que cometáis una acción indigna de un hombre grande, noble, generoso y valiente como vos. Ea, ¿qué castigo debemos infligir a este impertinente Mop?

El desconocido, desarmado por la jovial verbosidad del ex ladrón, de la que trascendía cierta sensación de profundo afecto hacia él, unida al sentimiento de justicia, llevóse la mano a la garganta, así como para librarse de algo que le sofocaba, y luego huyó rompiendo en violentos sollozos.

Patrick y su capitán, ante la singularidad de tal escena, de la cual no eran capaces de encontrar una explicación posible, miráronse a la cara en el colmo del estupor.

Mop les trajo nuevamente a la realidad de su situación.

—Diga, señor Davy —dijo acercándose al capitán y dándole una palmadita en la espalda—, es preciso que convengáis conmigo en que soy un gran picarón. Esta ha sido siempre mi máxima. ¿Sabéis que yo soy famoso... con las máximas?

(Continuará en el número próximo.)

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
remite gratis el catálogo de todos los CUENTOS DE
CALLEJA a quien se lo pida.



HAICAR EL VISIR SABIO Y NADAN EL VISIR INGRATO

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)



N cuanto leyó Sinharib la supuesta carta de Haicar, se enfureció terriblemente. Ordenó que al momento fueran a buscar al correo, que se había refugiado en una choza próxima al lugar donde lo asaltaron. Los enviados del rey se apoderaron de él y lo llevaron a su presencia.

—¿De quién eres esclavo? —le preguntó el monarca.

—¡De Haicar, señor! —contestó.

—¿Ha sido él quien te ha entregado esta carta?

—Sí, señor.

—¿A quién debías tú entregar los paquetes que llevabas?

—A sus amigos de Persia.

—¡Traición! —gritó el rey—. ¡El hombre a quien mi padre y yo hemos colmado de bienes quiere entregarme a mi mayor enemigo y consumir la ruina de mis estados! ¡Que vayan a buscar a Haicar y que lo traigan aquí inmediatamente!

La guardia corrió al palacio de Haicar. Se hallaba éste en aquel momento en un pequeño retiro que se había arreglado en las montañas, a poca distancia de la ciudad. Asfagni, alarmada de una busca tan rápida, al saber que su esposo estaba acusado de alta traición, elevó sus manos al cielo pidiéndole su ayuda. Y mientras que una parte de la guardia se destacó para apoderarse de Haicar en su retiro, ella corrió al palacio del rey, su sobrino, para arrojarle a sus pies. Sinharib la levantó.

—No puedo conceder el perdón —gritó fuera de sí—. Tengo todas las pruebas de la horrible conspiración de tu marido contra mí y contra toda la Asiria. La sangre que corre en tus venas te debe hacer a este culpable tan odioso como ingrato.

Asfagni conoció al detalle las imputaciones hechas a Haicar, vió las pretendidas pruebas; pero, al mismo tiempo, reconocía su inocencia y el crimen de Nadán, único que había podido falsificar la letra y el sello que ella tenía ante los ojos. Mas los del rey estaban demasiado fascinados para que ella pudiera esperar arrancarle el velo que los cubría.

—¡Señor! —le dijo—: si tú crees que debes sacrificar a mi esposo a tu resentimiento y por causa de tu seguridad, yo no te pido más que una gracia. Culpable o no, su sangre es para mí preciosa y quiero recoger hasta su última gota. El ha hecho construir una tumba que debe reunirnos un día: permíteme, señor, que pueda encerrar allí sus cenizas, y aunque llorando la pérdida de un hombre a quien tu padre me había unido, aplaudiré tu justicia, puesto que ella importa a tu salvación y a la del Estado; ordena que este sacrificio se consume en nuestro mismo palacio.

Sinharib no pudo resistir a la petición de Asfagni, su tía, y mandó que fueran inmediatamente al palacio de Haicar para traerle la cabeza de este respetable anciano.

Asfagni, de vuelta a su casa, presintiendo la llegada próxima de Haicar y de sus verdugos, trató de sobreponerse a su dolor y de conservar la libertad de juicio en medio de un tropel de gentes a quienes ella se proponía hacérselo perder. Hizo preparar mesas con toda clase de alimentos y licores que pueden despertar la sensualidad; pebeteros llenos de perfumes, flores de todas clases embalsamaban el aire. Nada faltaba al ornato del palacio, y cincuenta hermosísimas esclavas estaban encargadas de servir la comida. En medio de este aparato seductor, la esposa de Haicar se disponía a recibir a los oficiales de la guardia de Sinharib. Así que el lazo en que pretendía hacerlos caer estuvo preparado, ella se puso a la puerta para esperarlos. Llegaron.

—Yo sé —les dijo— lo que os trae por aquí: sois los ministros de las voluntades del rey, mi sobrino; mas antes de ejecutar una orden demasiado rigurosa para mí, he querido testimoniarle, lo mismo que a vosotros, el reconocimiento por el enorme favor que me concede no exponiendo a mi marido a una muerte cruel e ignominiosa. ¡Entrad en mi casa! Los que deben conducir aquí al infortunado Haicar, todavía no han vuelto. Mis esclavas tienen orden de servirlos; mi estado de ánimo no me permite hacerlo yo misma.

Los oficiales, después de haber dado las gracias a Asfagni y haber aceptado la invitación, entraron en el aposento que les indicaban; sentáronse en los cojines; cien bellas manos se apresuraron a servirlos, y en medio de las

delicias del banquete, no tardaron mucho en perder de vista las órdenes rigurosas que llevaban.

Mientras tanto, Asfagni no perdía un minuto. Cogió aparte al ejecutor de la justicia y le dijo:

—¡Abusomaik! ¿Tú te acuerdas de que una vez el rey Serkadún, mi hermano, padre de Sinharib, quiso hacerte morir y yo encontré medio de ocultarte a su cólera? ¿Tú te acuerdas de que debiste el perdón precisamente a Haicar, a quien ahora vas a dar muerte?

—Señora, lo recuerdo y no lo olvidaré jamás —contestó el verdugo.

—Pues bien —continuó Asfagni—, ahora es ocasión de manifestar tu agradecimiento. Haicar es inocente y tú no podrías ensangrentar tus manos en un hombre virtuoso y bienhechor. Yo he hecho salir de la prisión subterránea de mi palacio a un viejo esclavo mago manchado de los crímenes más horribles, que tiene la estatura y algún parecido con Haicar. Tus superiores no están ahora para fijarse mucho; el mago está vestido ya como debería estarlo mi esposo. Así que llegue Haicar, tú lo recibirás de manos de quienes lo han cogido y le pondrás las cadenas que has traído; aquí tienes un pañuelo encarnado que te servirá para vendarle los ojos; tú lo introducirás en el salón donde yo esté, como para recibir mi último adiós; harás que se retiren los indiscretos, a fin de respetar la última entrevista de los esposos. Un momento después yo te entregaré mi esclavo vestido, encadenado y con los ojos vendados con el mismo pañuelo que tú habrás puesto sobre los de Haicar. Tú darás la señal de ejecución y harás cortar al mago la cabeza, que llevarás al palacio del rey.

—¡Que Dios secunde tus deseos! —respondió Abusomaik—. Yo aventuro con mucho gusto mi vida por salvar la de aquel que te es tan querido.

—El cielo te recompensará —contestó Asfagni—, y, por nuestra parte, dispondremos en tu favor cuantas riquezas poseemos; nada te faltará.

Así que hubieron tramado este complot, llegaron los que traían a Haicar. Sin el menor embarazo se ejecutó el plan de Asfagni. El esclavo mago estaba de rodillas, y hasta los guardias que lo habían traído creían que era el visir; advertido el oficial enviado por Sinharib para dar cuenta de la ejecución, se acercó, y en el mismo instante la cabeza del esclavo cayó a tierra; Abusomaik la recogió para llevarla al soberano.

Trabajo costó a los oficiales de Sinharib arrancarse a los placeres que la astuta Asfagni les había hecho gozar; pero era preciso que cumplieran su deber, y la esposa de Haicar, después de haber hecho cerrar la puerta de su palacio, tuvo libertad para dedicarse a otros cuidados, de los que tenía por necesidad que ocuparse.

Hizo transportar el cuerpo del mago con las ceremonias de costumbre y llevarlo completamente vestido a la tumba preparada para Haicar; toda la casa la acompañaba en la fúnebre comitiva.

En cuanto llegó la noche, se hizo ayudar por el esclavo carcelero de las prisiones de su palacio y condujo a Haicar al subterráneo de donde el viejo mago había sido sacado; ella había hecho arreglarlo cómodamente, y aquella triste morada aparecía a los ojos de Asfagni como un pacio encantado, pues había podido salvar a la inocencia de los furios de la envidia y de la ingratitud.

Durante la escena sangrienta de la ejecución de Haicar, el hipócrita Nadán, afectando un dolor que no sentía, se había encerrado en su aposento. Fué preciso que el rey en persona le hiciese salir de allí diciéndole:

—Consuélate, Nadán; tu tío ya no estaba para nada, y su disposición de ánimo hacía que resultara peligroso para nosotros. Toda su fortuna será para ti después de la muerte de su esposa, y pronto gozarás de ella, porque la princesa, mi tía, no puede sobrevivir mucho tiempo a la pérdida que acaba de sufrir.

(Continuará en el número próximo.)

Siendo suscriptor a PINOCHO se pueden comprar las tapas para encuadernar la colección del semanario mucho más baratas que no siendo suscriptor.

EN LA COSTA DE ORO

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

(Conclusión.)

No le valieron de nada al infeliz prisionero los ruegos ni las lágrimas.

Fué violentamente arrancado del suelo, donde se hallaba postrado ante el soberano, que le había condenado a ser pasto de las fieras. Le ataron sólidamente sobre el lomo de un caballo, y escoltado por treinta Amazonas del rey armadas de fusiles y de *nyeekplo-hentos*, una especie de grandes cuchillos, fué conducido a la orilla del río Langos, importante curso de agua que, según dicen, tiene su origen en el monte Saraga, y que después de bañar algunos pequeños poblados va a desembocar al mar, al este de Wau.

Las orillas de este río se hallan cubiertas de palmeras de *clais*, que los negros llaman *mava*, planta hermosísima de unos treinta metros de altura, con hojas de unos quince pies de longitud, que caen en forma de paraguas, y cuyo fruto, reunido en grandes racimos, de un color amarillo tirando a dorado, produce un aceite que suele tener mucha aceptación y demanda en Europa.

En aquellas sombrías orillas suelen abundar los leones, los leopardos y las hienas, que se acercan a beber al río.

Ongo, que estaba muy bien enterado de las costumbres de las fieras y sabía que querían atarle a un árbol para que fuera devorado, se resistía con todas sus fuerzas, logrando derribar seis o siete de aquellas sanguinarias mujeres. Pero al fin, vencido por la diferencia de fuerzas, hubo de ceder, y, pese a sus puños, fué atado

de pies y manos a una palmera de *clais*, y bien asegurado con cuerdas que le agarrotaban el cuerpo, para que no le quedara la más leve esperanza de poderse desligar. Luego, aquellas fieras se despidieron de él deseándole irónicamente buena noche y le dejaron completamente solo, para que se las entendiera con los fieros animalitos de la selva.

Pero el desgraciado Ongó no se resignaba pacientemente a que llegaran los leones para devorarlo, por lo cual hizo un esfuerzo tan tremendo, que por poco rasga su piel con la tensión tan grande que dió a sus músculos. Se retorció luego desesperadamente para romper sus ligaduras, y sólo consiguió que le san-

hacia Occidente, después de haber iluminado las más altas cumbres de los montes cercanos, y llegó el rosado crepúsculo, que muy pronto fué ensombreciéndose también, dejando lugar a las tinieblas, que se hacían aún más densas a la sombra de los árboles.

Los pájaros no tardaron en callar, después que hubieron lanzado al aire la última nota de sus trinos. Los insectos cesaron en sus zumbidos, dedicándose a descansar, y al cabo de una hora el bosque quedó sumido en el silencio más completo, sepultado en aquella profunda oscuridad.

El desgraciado seguía con gran atención todos aquellos incidentes y detalles, convencido de que iban acercándole a la muerte.

Cuando dejó de percibir el último revoloteo de los pájaros, sintió erizársele el cabello, y el sudor inundó su frente.

Muy pronto aquel tranquilo silencio sería interrumpido por los gritos, parecidos a la risa, de las hienas, por los rugidos de los leones y por los silbidos de las serpientes, y empezaría para él el terrible suplicio.

A medida que se iban apagando los últimos rumores y desaparecían los últimos destellos del crepúsculo, Ongó comprendía que el terror se iba apoderando de su alma. Sentíase desfallecer.

El que jamás había tenido miedo temblaba como un chiquillo. Se imaginaba lo que sería la terrible visita de los leones que había perseguido con tanto encarnizamiento durante sus cacerías en el bosque, y cada

vez más espantado, volvía a intentar romper las ligaduras que le sujetaban y gritaba con la esperanza de que alguien acudiera a salvarle. ¡Cuánto habría dado para poder detener la noche, que llegaba con espantosa rapidez!

Muy pronto, entre la arboleda, la oscuridad fué completa. Sólo se oía el lento y profundo murmullo del cercano río, cuyas márgenes pronto se verían pobladas de sedientas fieras y el rumor de las gigantescas hojas levemente movidas por ligero vientecillo nocturno.

A cada momento se sentía más invadido por el miedo, y dominando sus nervios se inmovilizó, muy pegado al tronco de la palmera, para no llamar tanto la atención de las fieras. Tenía fija la mirada, escrutando la sombra de los árboles, y aguzaba el oído para recoger el más leve rumor.

Así pasó una hora de angustia expectativa. De pronto, a trescientos





tos o cuatrocientos pasos de distancia, oyó una especie de carcajada que parecía humana. Pero el negro, estremeciéndose, reconoció al punto la risa de la hiena de piel atigrada.

Sucedió otra vez el silencio, interrumpido sólo por el continuo murmullo del río; después, otra carcajada resonó algo más lejana; otra hacia la izquierda, otra a la derecha, y luego otra y otra, hasta formar una especie de concierto capaz de poner el corazón en un puño al hombre más valiente del mundo.

También llegaban a oídos del pobre negro rugidos ahogados y tristes gemidos, que parecían exhalados por infelices moribundos. Aullidos lúgubres y ladridos de chacal, ruidos de zambullidos, que llegaban desde el río, como si de repente multitud de animales se precipitaran al agua.

Ongo no se atrevía a chistar, y, conteniendo el aliento, permanecía inmóvil, muy arrimado al tronco; pero, de repente, oyó que la risa de la hiena se iba acercando sensiblemente, y poco después vió surgir de entre un matorral una hiena con piel atigrada, la cual se plantó frente al desgraciado, fijándole con la mirada de sus verdes ojos y enseñándole los dientes. No era, sin embargo, uno de los carnívoros capaces de atacarle de frente, pues bien conocida es de todos la cobardía de este animal. Por lo tanto, Ongó, a pesar de no sentirse tranquilo en la presencia de aquella desagradable visita, que podía hacer acudir a sus compañeros, se atrevió a lanzar un grito agudo. La hiena huyó espantada.

Pero poco después acudió otra, y algo más tarde algunos chacales se fueron acercando al árbol aullando y rugiendo; pero no se atrevieron tampoco a atacar al negro. Debía ser aproximadamente media noche, cuando se oyó de improviso la potente voz del león. Aquel rugido hizo cesar de pronto todos los demás rumores. Provenía de una distancia como a doscientos pasos del río.

Inútil es explicar lo que debió sentir el pobre infeliz atado a la palmera. Sintió que se quedaba rígido y que la respiración le faltaba. Un sudor frío bañaba su frente.

El rugido iba acercándose tan terrible y amenazador, que parecía dominar la selva.

Ongo, que estaba oído atento con una angustia inexplicable, oyó que la fiera iba abriéndose paso entre la maleza, dirigiéndose hacia la orilla del Langos, y después, mientras bebía, entre sorbo y sorbo dejaba oír sus fieros rugidos. El negro luego se dió cuenta de que la fiera volvía sobre sus pasos y se dirigía al sitio donde él se hallaba. Esta vez no fué dueño de sí, e involuntariamente lanzó un grito, llamando la atención del león, que había pasado a su lado sin verle. Entonces, el animal se paró, mirándole fijamente; dió un sal-

to hacia atrás y se quedó en actitud expectativa. Ongó comprendió entonces el gran peligro que corría. Se pegó aún más al árbol y procuró evitar el más mínimo movimiento.

Porque es cosa sabida que la más absoluta inmovilidad ha sido en muchas ocasiones lo único que ha evitado el ataque de las fieras. El animal se quedó también inmóvil, fulgurándole los ojos, fijos en el desgraciado joven. Imaginen lo que debió sufrir aquel infeliz frente al león, que podía acometerle a cada momento, reducido él a la más absoluta impotencia, sin poder evitar que le despedazara.

Quién sabe el tiempo que hubiera durado aquella situación, si a las dos de la madrugada un disparo no hubiera ahuyentado al animalito, que huyó rápidamente para refugiarse en la maleza.

El negro, en cuanto oyó el disparo, empezó a gritar con todas sus fuerzas, a fin de llamar la atención, y a pedir socorro. Por segunda vez se oyó un tiro, y casi en seguida voces humanas.

Era una caravana de blancos que venía de Bobek de comprar una partida de aceite de *clais* y que iban costeando el río.

En cuanto le vieron se apresuraron a libertarle, hallándole en un estado que daba lástima, pues parecía más muerto que vivo: tanto era el terror que había sentido durante aquella noche.

Una vez que lograron reanimarle volviéndole a la vida, y después de oírle contar su aventura, uno de los blancos le preguntó:

—Pero ¿tú eres viejo?

—No—contestó sorprendido el negro por aquella pregunta.

—Entonces, ¿cómo es que tienes el cabello completamente blanco?

Ongo se llevó la mano a la cabeza con un gesto muy natural, y luego, mirándose en las aguas del río, vió con sorpresa que sus cabellos, que el día anterior eran negros, habían encanecido de repente.

Enterado Gelete de que Ongó se había salvado, mandó uno de los suyos a reclamarlo a los blancos para someterle de nuevo al mismo suplicio; pero, afortunadamente, se trataba de unos comerciantes franceses, y en el puerto de Vidak se hallaba fondeado un buque de guerra de la misma nacionalidad. Los comerciantes, conociendo la crueldad del rey africano, se guardaron muy bien de entregar al pobre negro, y, en cambio, lo mandaron a bordo, poniéndolo bajo el amparo del pabellón francés; es decir, de los cañones del buque, y Gelete, aunque contrariado, tuvo que acatar lo que dispuso el comandante del barco.

Cuando a la muerte de este feroz soberano le sucedió en el trono Behansin, pudo, al fin, Ongó regresar a África; pero recordando las horas de amargura y las impresiones de aquella caza de fieras y se hizo marinero en el puerto de Ura.





TENGO QUE ESTAR
CONTENTO DE UNA
COSA, Y ES DE QUE
NO HAYA MÁS QUE
UN CAÑAMÓN.

PUES SI HUBIERA
MÁS CAÑAMONES
HARÍA QUE SE FUE-
RAN TODOS A LA ES-
CUELA Y QUE DEJA-
RAN A ESTE IRSE
A PESCAR.

POTIPÁN Y CAÑAMÓN



¡CAÑAMÓN!
¿QUE HORA
ES AHÍ
ARRIBA?

¡LAS OCHO!
¿Y AHÍ ABA-
JO, QUE HO-
RA ES?



VAMOS, LE-
VÁNTATE, QUE
VAS A LLEGAR
TARDE A LA ES-
CUELA.

¡DEJAME,
QUE ESTOY
AQUÍ MUY
A GUSTO!



¿AH SÍ? PUES LLA-
MARÉ AL MÉDICO.
¿DONDE NOTE EN-
CUENTRAS A GUSTO?

¿DONDE VA
A SER?... ¡EN
LA ESCUELA!



ESTÁS REMATADA-
MENTE LOCO SI TE
CREEES QUE CAÑA-
MÓN VA A
IR A LA ES-
CUELA

EN CUANTO
ACABEE ESTA
SUELA-FILE-
TE IRÉ A VER-
LO



NO EMPIECES
A GRITARME,
POTIPÁN. HA VE-
NIDO UNA SEÑORA
Y ME HA DICHO QUE
TUVIERA CUIDADO
DEL NIÑO MIENTRAS
ELLA IBA A HACER
UNAS COM-
PRAS

BUENO, VETE
A LA ESCUELA
QUE YO CUIDA-
RÉ AL NENE.



¡ATIZA!
AHORA SE
HA IDO SIN
LOS LIBROS!



¡AY!
¡MI NIÑO!



¡SOCORRO! GUAR-
DIAS! ¿A ESE QUE
SECUESTRA A MI
NIÑO!

¡ARREA!
ME HAN TO-
MADO POR
UN LADRÓN
DE NIÑOS!



¡NO DISPARE,
GUARDIA NO
VAYA A DAR
A MI NENE!

¡ALTO!

¡A CORRER!
¿QUE COMO EM-
PIECE A TIRAR,
ME VA A DEJAR
COMO UN QUESO
DE GRUYÈRE!



LE DIGO A US-
TED QUE MI HER-
MANO ME DIÓ ESTE
RORRO PARA QUE
TUVIESE CUIDADO
DE ÉL.

ENCIÉRRELE
Y QUE LLAMEN
A CAÑAMÓN A
VER QUE DICE

¡NARAN-
JAS DE

LA CHINA!



DICEN POR TELÉFONO
QUE VAYA CAÑAMÓN
A LA COMISARIA EN
SEGUIDA.

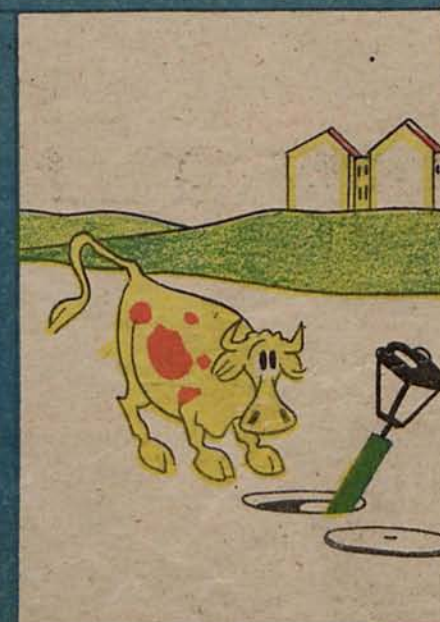
¿AH, SÍ?
¡VENGA
MI SOM-
BRERO!



¡SI SE CREEN QUE
ME VAN A METER
EN LA CÁRCEL POR
LLEGAR TARDE
A LA ESCUELA
ESTAN FRESCOS!
¡YO NO VOY A LA
COMISARIA, MI
ATADO!



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

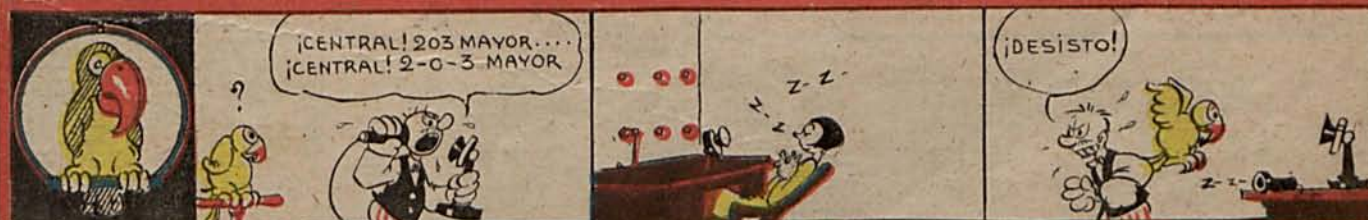




DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.

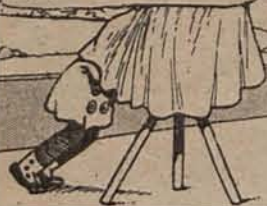


LAURA, LA COTORRA INDISCRETA



¡EH! ¿QUÉ OS PASA, QUE NO OS PUEDO VER?

TAMPOCO NOSOTROS TE PODEMOS VER A TI, COMO FOTOGRAFO.



COLORÍN Y SU PANDILLA

¡VAMOS NIÑA, PONTE BIÉN DERECHITA Y SONRIETE UN POCO!

¡NENA! ¡NENA! ¡MIRA AL PAJARITO!



¡VAYA UN BONITO NEGOCIO PARA HACER DINERO! ¡POR CADA RETRATO LE DAN DOS REALITOS!

¡MI PADRE TIENE UNA MÁQUINA. PUEDE QUE CON ELLA HICIESEMOS NEGOCIO TAMBIÉN!



¡MIRALA QUE BONITA ES! ¡PERO COMO FUNCIONA ESTO?

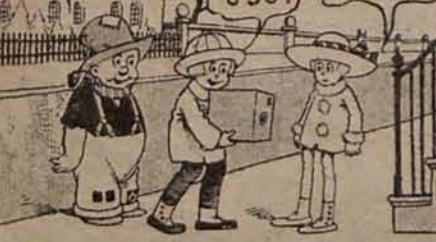
¡TRAÉ, YO SACARÉ LAS FOTOS NO HAY MÁS QUE APRETAR LA PERA DE GOMA Y YA ESTÁ!



¡HOLA PEPINA! ¿QUIERES QUE TE HAGAMOS UN RETRATO?

¡POR O'25 TE HACEMOS UNO DE LOS QUE POR AHÍ CUESTAN O'50!

¡BUENO ESPERAD QUE VOY A PEDIRSE LOSA MI MAMA!



¡NENA! ¡NENA! ¡MIRA AL PAJARITO!

¡YO NO VEO NINGÚN PAJARITO!



¡ESPERAMOS UN POQUITO QUE EN SEGUIDA VOLVEMOS!

¡VERÁS QUE BIEN HAS SALIDO!

UN CUPRO-NIVEL



¡PARECE MENTIRA! ¿QUE FACIL ES GANAR DINERO!

¡VERÁS QUE PRONTO NOS HACEMOS RICOS!



¡EH! ¿DÓNDE ESTÁ MI RETRATO?

SE TARDA UN POQUITO; SABES? NOTE IMPACIENTES QUE EN SEGUIDA ESTARÁ



¡OYE, AQUÍ DENTRO NO HAY NADA! ¡ESTA MÁQUINA ES UN ENGAÑO! ¡Y EL DINERO DE PEPINA YA LO HEMOS GASTADO! ¿QUE HACEMOS?

¡ESPERA, QUE AHORA RECUERDO QUE EN CASA HAY RETRATOS! ¡VOY POR UNO!

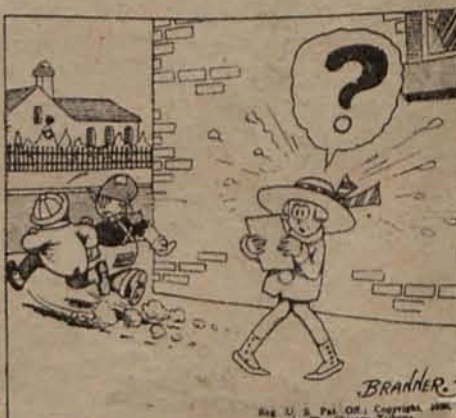


MIRA ESTE QUE BONITO ES

¡OYE! ¿NO CREES QUE LO NOTARÁ? ¡PORQUE SE PARECE COMO UN FUELLE A UN PLATO DE ARROZ CON LECHE!



PATATITA Y CIA FOTOGRAFOS



BRADNER

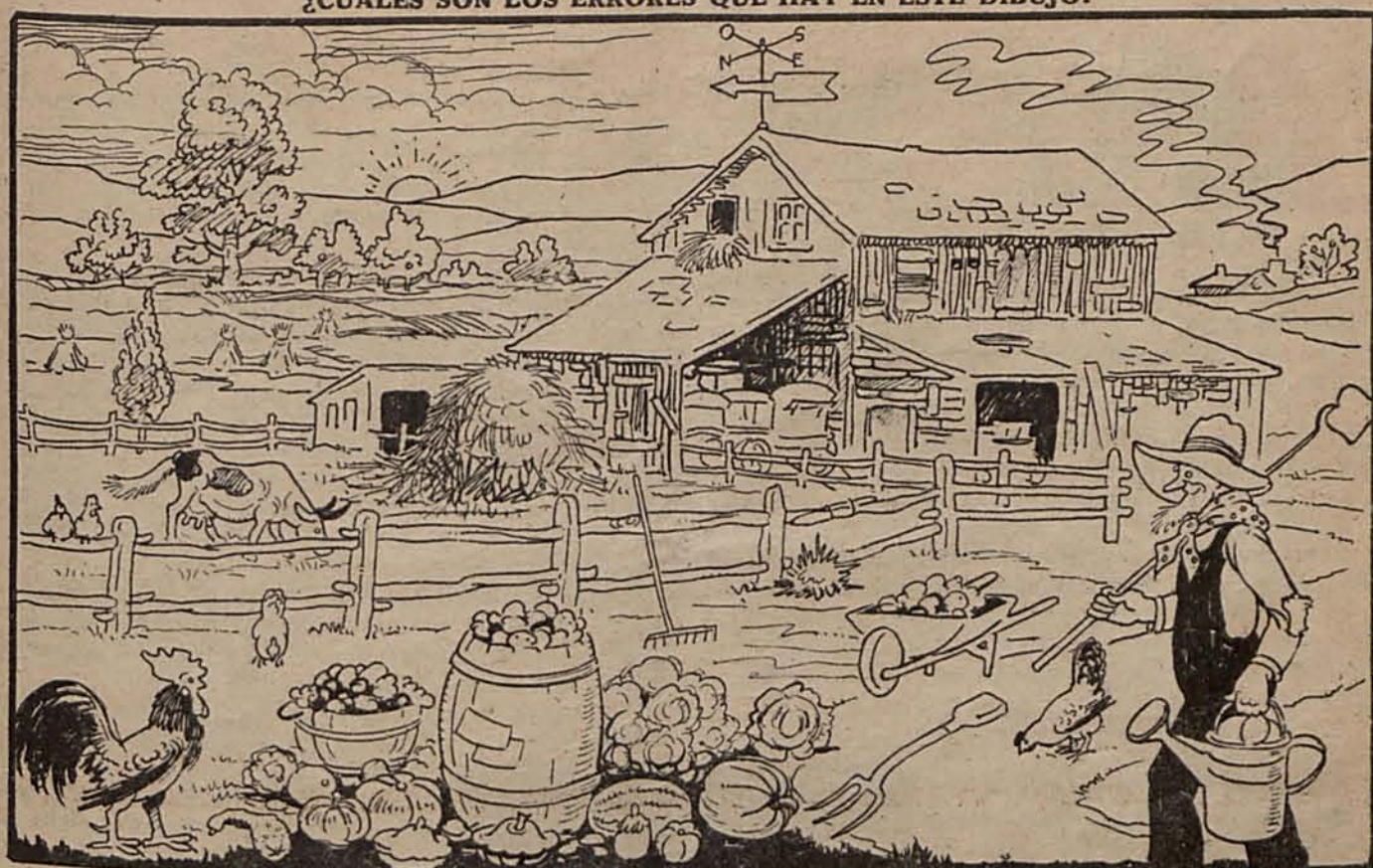
Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1906 by The Chicago Tribune

CONCURSO DE PASATIEMPOS

DEL MES DE ENERO DE 1927

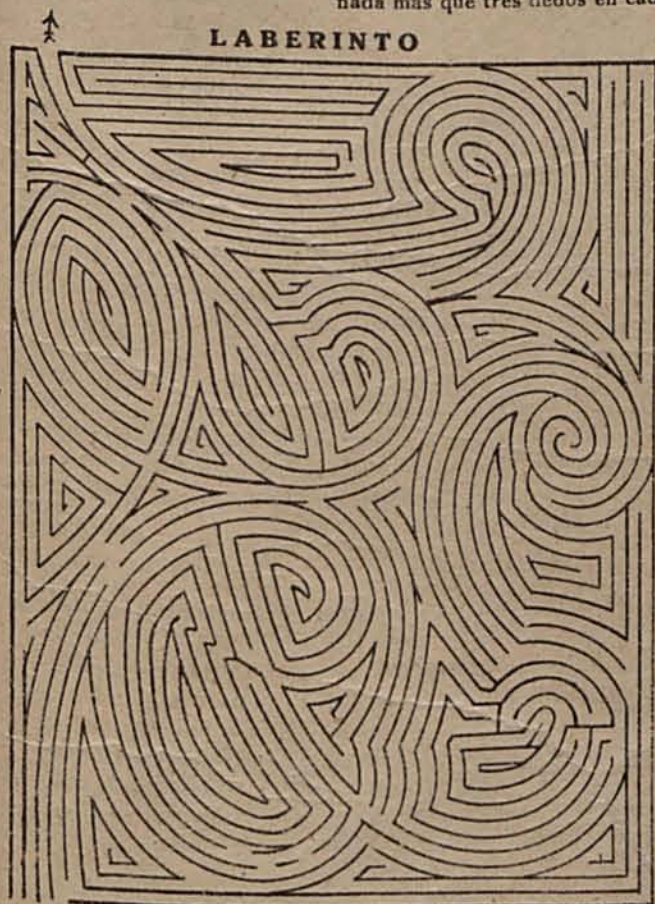
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



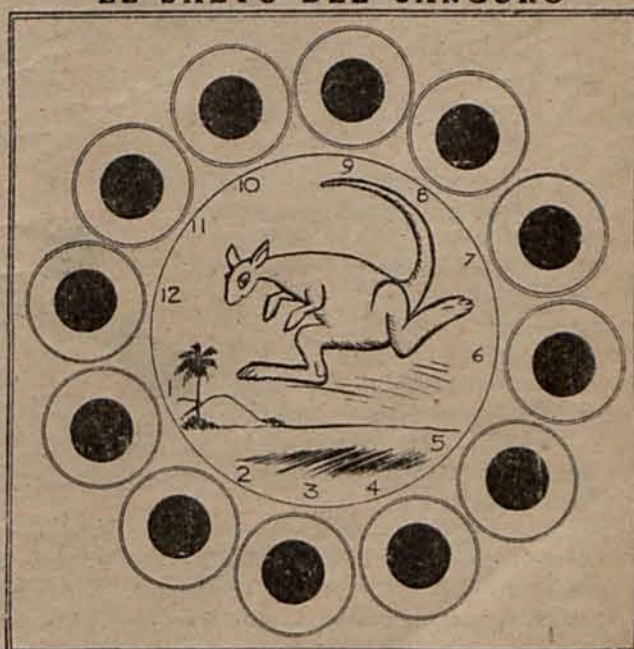
Como todos vosotros conocéis el campo y las faenas que en él tienen lugar, os será muy sencillo ver cuáles son las equivocaciones en que ha incurrido el dibujante que ha hecho el presente dibujo. Estos errores son nueve, y uno de ellos, por ejemplo, es que el gallo no tiene nada más que tres dedos en cada pata. ¿Cuáles son los otros ocho?

LABERINTO



Como el trabajo anterior es muy sencillo, os doy este laberinto un poquito complicado. ¡No todo ha de ser fácil en la vida! Se trata de entrar por una puerta y salir por la otra sin cruzar ninguna raya, ¡claro está!

EL SALTO DEL CANGURO



Este problema os entretendrá sobremanera. Como veis, hay doce redondeles, y en cada redondele, una ficha. El canguro empieza a saltar, y los saltos son por encima de dos fichas. Estas dos fichas pueden estar colocadas cada una en un redondele o dos en un mismo redondele; por consiguiente, fijaos bien que no se trata de saltar por encima de dos redondeles, sino por encima de dos fichas; así, por ejemplo, si saltáis del 12 al 3, habréis pasado por encima del 1 y del 2. La ficha del redondele 12 pasa al 3, y éste se quedará con dos fichas, y así va saltando el canguro hasta que los redondeles 1, 2, 3, 4, 5 y 6 tengan dos fichas cada uno, y los redondeles 7, 8, 9, 10, 11 y 12, ninguna. Los saltos que da el canguro para reunir las doce fichas en los seis redondeles, son seis. Estos saltos no son correlativos. Para enviar la solución basta con que me digáis de qué redondele a qué redondele saltó el canguro.

Nota importante.—Hemos recibido cartas de muchos Pinochistas que nos dicen que en el mes de noviembre no ha aparecido el cupón correspondiente al Concurso de Pasatiempos. Tienen muchísima razón, y ello ha sido debido a un involuntario error, por el que pedimos a nuestros queridísimos Pinochistas mil perdones. Este error queda subsanado en la siguiente forma: el cupón que ha salido en el número 94 es el que sirve para el Concurso de Pasatiempos de noviembre, y el que ha salido en el número 97 es el correspondiente al Concurso de diciembre.



SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

Pepín y los Reyes. — Conclusión.
 Qué, mis queridos lectorcitos, ¿ha-

béis pasado bien las vacaciones? ¿Habéis vuelto con gusto al trabajo? Y, sobre todo, ¿habéis quedado contentos con los regalos de los Reyes? Pues no sabéis cuánto me alegro de tantas buenas noticias. Volvamos a escape al antiguo Pepín, a quien dejamos —¿os acordáis?— solo en la noche helada del 5 al 6 de enero, en marcha hacia el pueblo, adonde iba a esperar la llegada de los Reyes Magos.

Pepín llegaba ya a los últimos árboles del bosque cuando de pronto oyó un ruido terrible al mismo tiempo que veía una luz deslumbradora que se acercaba.

—Son ellos —pensó—. Debe de ser la Estrella; y ese ruido quizá sea el modo que tienen de rugir o relinchar los camellos. ¡Dios mío, con tal de que llegue a tiempo.

Y de pronto, ¡pum!, sonó una detonación formidable; luego nada: ni luz ni ruido; de nuevo el silencio y la oscuridad.

Al salir del bosque, Pepín vió un espectáculo sorprendente. En medio de la carretera había un enorme monstruo negro inmóvil. (Al menos a Pepín, que en su vida vió otro tanto, aquello le pareció un monstruo. Para que no os creáis lo mismo diré, en confidencia, que era sencillamente un automóvil.) ¿Un auto en un cuento? ¡Claro que sí! ¿No hemos quedado en que esto no es un cuento, sino realidad?

Alrededor del monstruo se afanaban dos seres extraños, que parecían osos o monos por su pelaje y hombres por las gafas enormes que les cubrían los ojos. El efecto era completamente fantástico:

—Ya comprendo —murmuró Pepín para sus adentros—. Los Reyes Magos solamente van por las ciudades, y envían a los pueblos a estos otros señores de su corte, que, en lugar de camellos, vienen en una especie de elefante o hipopótamo celestial.

En aquel momento un nuevo sér surgió de las entrañas del monstruo. Este sér llevaba faldas; no tenía gafas; sus ojos eran muy grandes y muy azules. Con acento de mal humor, pero con voz dulcísima, Pepín oyó a la recién llegada exclamar estas palabras misteriosas: —¡Dichoso neumático!

En este momento los ojos azules se fijaron en nuestro amigo, que permanecía a pocos pasos, boquiabierto de admiración y sorpresa.

—Pero, criatura —exclamó la voz dulcísima—, ¿qué haces aquí a estas horas? ¿Sin duda, te has perdido?

—No me he perdido —contestó Pepín—. Venía en busca de ustedes.

Los hombres-osos u hombres-monos se volvieron a su vez y miraron al intrusillo.

—¿De nosotros? —repitió la dama.

—Sí, señora princesa —afirmó Pepín—; es decir, no. Yo venía en busca de los verdaderos Reyes Magos; pero ya que han enviado a ustedes en su lugar...

Y tranquilamente expuso sus pretensiones. A pesar de la afirmación del papá leñador, sus hermanos y él no se resignaban a quedarse sin juguetes, y ya que Sus

Majestades no querían ir hasta la choza en aquella noche tan fría, él se encargaría de llevar lo que fuera; cualquier cosa. Para Quico, un peón; para Lolo, una cajita de soldados; una muñeca pepona, para Piluca. En cuanto a él, su ideal hubiera sido poseer una pelota de goma.

Cuando hubo terminado su discursito, los hombres-osos lanzaron una carcajada nada burlona, sino cordial y cariñosa. Pero la dama les impuso silencio, y los tres se concertaron muy bajito. Pepín oyó algunas palabras:

—Explicaremos a los marqueses el por qué de no llevar... ¿Qué más les da? A sus chicos les sobran los regalos; ¡todos, claro que todos!

Terminado el conciliábulo, la dama se acercó al monstruo, que permanecía inmóvil y silencioso, y de sus entrañas sacó paquetes, muchos paquetes, y se los entregó a Pepín.

—Has acertado —le dijo—; somos los enviados de los Reyes Magos, pero no os habíamos olvidado, como te suponías. Mira cuántas cosas traíamos para vosotros. Y casi acertamos lo que deseábais.

Y era verdad. Allí estaba la pelota, pero no de goma, sino de cuero, y enorme, porque era un soberbio balón

de fútbol; y la muñeca, que no era pepona, sino de biscuit y vestida de seda; y la caja de soldados. Faltaba el peón, pero había, en cambio, un aeroplano mecánico, y unas riendas... ¡Qué sé yo! ¡Ah! Y además una caja de bombones y una torta de Reyes muy grande y dorada.

—Esto —declaró uno de los hombres-osos— es para que os lo comáis mañana, a la salud de nuestros amos los Reyes Magos.

—Y esta estampita —añadió el otro sacando su cartera— es para tus papás. No la pierdas. Es fea, pero vale bastante.

—Y esto —concluyó la dama— es para ti solo.

Le cogió en brazos y le estampó en las mejillas un beso lleno de ternura. Pepín vió entonces que los ojos de cielo estaban empañados de lágrimas,

y un instante cruzó por su cabeza la sospecha de que la enviada de los Reyes fuera en persona la Madre del Niño Jesús.

* * *

Mis queridos lectorcitos: Ya que tan mal rato hemos pasado con la miseria de la familia de leñadores y la pena de los pequeñuelos cuando éstos parecían condenados a acostarse sin cenar y a amanecer sin juguetes, ahora nos toca desquitarnos presenciando la sorpresa y la alegría de todos a la llegada de Pepín.

De todos, sí, porque el papá leñador y la mamá leñadora, además de regocijarse con los gritos y los brincos de los chicos, también recibieron su regalo de Reyes. Era la estampita que, como dijo muy bien el hombre-oso, «era fea, pero valía bastante». ¡Cómo que era un billete de Banco, y no de los pequeños, por supuesto!

Pronto cundió por el pueblo el eco de estos acontecimientos, y desde entonces, todos los años, en la noche del 5 al 6 de enero, unos cuantos vecinos se van a la casita de los leñadores a oír —premiándola por anticipado con lindos y sobrosos regalos— el relato de la aventura maravillosa del niño Pepín, que si no vió a los Reyes Magos, al menos se tropezó con sus enviados.

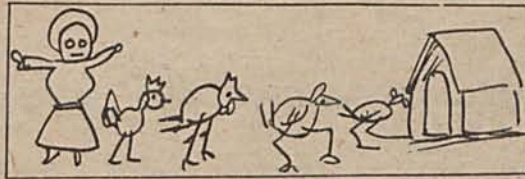


COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ENERO

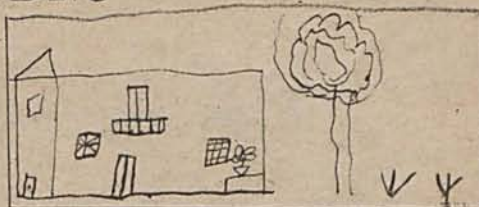


Nueva York.
JAVIER LINO.
Once años. Córdoba.



Pirula encerrando las gallinas.

LUIS COBIÁN.
Madrid.



Son muy saludables los aires del campo.
ESPERANZA NAVARRO.
Isla Cristina.



El curioso Chonón.
CARMEN VARELA. — Trece años. Santiago.



Morronguis.
ANTERO MELA.
Palencia.



Morronguis.
ANITA CUADRA.
Nueve años. Valladolid.



Un turco.
RODRIGO POMAR.



Un adolescente.
ALICIA MARTÍNEZ. — 14 años.

Chistes.

Un preso está encerrado en un calabozo de piedra de grandísimo espesor, sin puerta ni ventana, ni resquicio alguno; además, está fuertemente amarrado y no puede moverse.

¿Qué puede romper y por dónde puede salir?

Romper el silencio y salir por peteneras.

JOSÉ M.^a JOVER.
Trece años. Valladolid.

El.—Sí, señorita; soy aviador y automovilista.

Ella.—Por algo dice mi papá que usted, cuando no corre, vuela.

R. D. LECUONA.
Catorece años. Santa Cruz de Tenerife.



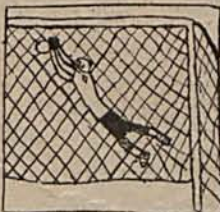
Chonón.
MERCEDES ILLERA.



Simao da Veiga, por
LUISITO PONTES.



Chapete.
ANTONIO PELlico. — Madrid.



Una parada de Zamora.
CARLOS MARCOS.
Cangas de Tineo.

CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA
CORRESPONDIENTE AL NÚM. 99
Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscriptores pueden colaborar en esta sección.

El niño ladrón.

En una cueva de la Sierra vivía un matrimonio llamado Regúlez. Tenían un hijo de siete años, al cual habían dado el nombre de Gil.

Todas las mañanas, cuando se levantaba el sol, salía Gil descalzo, con trajes harapientos, para Madrid, adonde iba a vender unos grillos o pajaritos, que sus padres habían cogido durante el día.

¡Desgraciado del muchacho si volvía a la noche a casa sin traer el dinero que su padre le imponía!

Un día de verano, que hacía un calor achicharrante, el pobre chico no pudo llegar a la ciudad y se quedó tumbado en un campo. Cerca de allí jugaban unos niños. Habían depositado todos todas sus cosas en el suelo, se alejaron un poco, y, entre tanto, Gil, que no había robado nunca, pero pensando en la sacudida que le esperaba en su casa si volvía con las manos vacías, fué a vaciar todos los bolsillos de las chaquetas, se apoderó de las mejores prendas y, a todo correr, se fué a su cueva.

Le sorprendieron unos guardias, se enteraron del motivo de su hurto y le llevaron a un asilo, en donde le están educando, para que sea más adelante un muchacho formal y trabajador.

ANA LÓPEZ.
Nueve años.

El anillo del anciano.

Erase un matrimonio muy pobre, y el único tesoro que tenían en la vida era una hija de trece años, muy buena y caritativa, y que se llamaba Luisa.

Los padres de la niña la mandaron, con un pedazo de pan, al bosque a cortar leña.

Cuando venía, vio que un anciano se le acercaba. Y la niña le dijo:

—¿Qué desea el buen hombre?

—Nada más que un poco de ese pan que llevas.

Una vez que Luisita dió el pan al anciano, éste le dijo, dándole al mismo tiempo un anillo:

—Toma esto, y si quieres alguna cosa, no tienes más que pedirselo, que te lo dará.

La niña se puso el anillo en el dedo de en medio.

Cuando llegó a casa contó a sus padres lo que le había ocurrido, los cuales la abrazaron por haber hecho una obra de caridad.

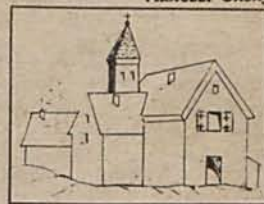
Desde entonces fueron ricos, y cuando fué la niña mayor se casó con el más rico y bueno de la ciudad.

Colorín, colorado,
mi cuento ya se ha acabado.

MARCELITO DESLANDES.



Mis amigos Tin y Ton.
ARACELI CASAJÚS.



Un pueblo.
MARÍA DEL CARMEN RODERO.
Once años. Madrid.



Un río.
RECARDO GARAY.
Once años. Madrid.



Personajes conocidos.
LOLITA MENDOZA. — Nueve años. Madrid.

Chistes.

¿Cuál es el colmo de los colmos?

Perder un imperdible.

MIGUEL GOICOECHEA.
Once años. San Sebastián.

¿En qué se parecen los legionarios a los huevos?

En que se baten.

¿En qué se parece Pinocho a un árbol centenario?

En que tiene buena sombra.

¿En qué se parece una cerilla a un litro de vino?

En que alumbran.

ISABEL LUMILLE MERINO.
Doce años. Ceuta.

A LOS PINOCHISTAS

NINGUNA niña, ningún muchacho, lee una vez **PINOCHO** sin hacerse amigo nuestro. Aumentar el número de los Pinochistas no es sólo hacer un gran favor a **Pinocho** y sus regocijantes camaradas: es favorecer vuestro propio interés, ¡y es darle un disgusto a **Chapete**!

TODOS LOS PINOCHISTAS que quieran ofrecer a amigos o conocidos suyos la posibilidad de admirar los encantos de este semanario inmortal, colosal y sin igual, pueden enviarnos en una simple hoja de papel los nombres y direcciones correspondientes acompañadas del siguiente

CUPÓN

A PINOCHO Apartado 447 MADRID

Querido amigo: Te envío adjunta una lista de nombres y direcciones para que a cada uno de ellos envíes—sin compromiso alguno para mi ni para los interesados—un número de muestra de tu semanario inmortal, colosal y sin igual.

Te abraza tu amigo
(Firma.)

DIRECCIÓN DEL REMITENTE:

TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES

Más de 2.000 pesetas de premios.

Entrarán en este sorteo todos los Pinochistas que estén suscritos a PINOCHO el día 30 de abril de 1927, cualquiera que sea la fecha de su suscripción.

PRIMER PREMIO

Una magnífica bicicleta.

SEGUNDO PREMIO

Una estupenda caja de soldados.

TERCER PREMIO

Veinte duros en dinero.

CUARTO PREMIO

Una muñeca.

QUINTO PREMIO

*Una carretilla
con su cubo y otros utensilios.*

SEXTO PREMIO

Un balón de fútbol.

SÉPTIMO PREMIO

Una pluma estilográfica.

OCTAVO, NOVENO Y DÉCIMO PREMIOS

Un año de suscripción a PINOCHO, gratis.

11.º, 12.º, 13.º, 14.º, 15.º, 16.º, 17.º, 18.º, 19.º, 20.º, 21.º, 22.º, 23.º, 24.º,
25.º, 26.º, 27.º, 28.º, 29.º, 30.º, 31.º, 32.º, 33.º, 34.º, 35.º, 36.º, 37.º, 38.º,
39.º, 40.º, 41.º, 42.º, 43.º, 44.º, 45.º, 46.º, 47.º, 48.º, 49.º, 50.º

PREMIOS

Un lote de libros.

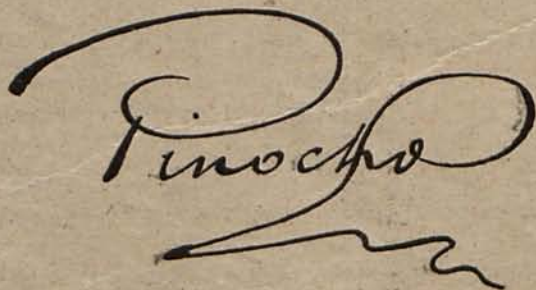
PARA este sorteo no hay más billetes que los recibos de suscripción. Cuando sepamos cuales son los números premiados, veremos cuáles son los recibos de suscripción que tienen esos números y publicaremos los nombres de los suscritores favorecidos, como hemos hecho en los sorteos anteriores.

Si eres suscriptor ya estás incluido, sólo por serlo en el TERCER SORTEO.

Si no eres suscriptor, suscribete antes del 30 de abril de 1927 para entrar en el TERCER SORTEO.

¡Más de 2.000 pesetas de premios!

¿HE DICHO ALGO?





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Hoy he tenido un sueño rarísimo, querido buho. He soñado que me elevaba por el aire e iba lejos, muy lejos de la tierra, recorría otros mundos y andaba por el espacio con la misma facilidad que se anda por casa. Yo notaba...

—Que habías perdido el peso.

—Eso mismo.

—Y que al volver a tierra no caías de un modo brusco, sino lentamente, sin peligro de romperte un hueso.

—Exactísimo; pero ¿cómo sabes que yo he soñado eso?

—Porque lo que tú has soñado es algo de lo que ocurriría si desapareciese esa fuerza que se llama «gravedad».

—Háblame de esto, porque estoy todavía bajo los efectos de un sueño tan agradable. ¡Cuánto me gustaría que no hubiese «gravedad» para poder realizar todo lo que he soñado!

—No sabes lo que dices, curioso Chonón. Si no hubiera «gravedad», no estaríamos aquí ninguno de los dos.

—¿Pues dónde íbamos a estar?

—¡Quién sabe! La Tierra nos despediría de su superficie y nos lanzaría al espacio como seres sin voluntad y sin dominio sobre nuestros movimientos.

—Explicate bien, mi querido buho.

—La «gravedad» es esa fuerza que nos atrae hacia el centro de la Tierra. Gracias a ella permanecemos adheridos a su superficie. Las cosas tienen peso por la acción de la «gravedad». Todo tiende a ir hacia el centro de la Tierra, y esta fuerza que tanto atrae es lo que constituye el peso de las cosas.

—Pues eso es, precisamente, lo que a mí me molesta: el peso. Yo quisiera no pesar nada, para poder separarme de la Tierra cuando quisiera y viajar a través del espacio para conocer todos esos mundos que desde aquí se ven.

—No adelantarias nada con no tener peso, amigo Chonón.

—Pero ¿no podría ir a la Luna, a Marte, a Júpiter y a todos los sitios donde se me antojara?

—Mira, Chononcito, hablas de ir de unos planetas a otros como como quien va de su casa a la escuela. En primer lugar necesitarías vivir muchísimos millones de años para realizar, si fuera posible, una de esas excursiones fantásticas, y, en segundo lugar, que aunque perdieras tu peso no conseguirías tampoco tu objeto.

—No sé por qué.

—Supongamos que por un momento cesase para ti el efecto de la fuerza de «gravedad».

—Que no pesase nada, ¿no es eso?

—Eso es. En el mismo instante obraría sobre ti la atracción de otro astro y saldrías despedido de la Tierra como una bala.

—¿Y adónde iría a parar?

—Eso es difícil de saber. Si, por ejemplo, te atraía la Luna, que es el astro que está más cerca, irías hacia ella con la velocidad que te diera la fuerza de su atracción, y excuso decirte que al llegar a su suelo te quedarías hecho una tortilla.

—¿Irremisiblemente?

—Sí, señor; a no ser que en el camino entraras en la esfera de

otra fuerza de atracción superior a la de la Luna, en cuyo caso pudiera ocurrir que te lanzases vertiginosamente sobre otro astro.

—¿Y me estrellaría también?

—Tenlo por seguro. Ahora bien, pudiera ocurrirte, y esto sería lo mejor para ti, que llegases a un punto en que las fuerzas de atracción de distintos astros fuesen iguales, y, en este caso, te quedarías en medio del espacio.

—¿Allí quieto?

—Precisamente quieto, no, porque el astro más potente te haría dar vueltas alrededor de él. Del mismo modo que la Tierra da vueltas alrededor del Sol y lo mismo que la Luna da vueltas alrededor de la Tierra.

—Ya te entiendo. Quieres decir que me convertiría en un satélite.

—Sí, señor; en el satélite Chonón.

—Entonces, ¿es imposible que yo pueda realizar lo que he soñado?

—Tan imposible como coger la Luna con la mano.

—Es que si yo pudiera realizar mis sueños, ya no sería imposible alcanzar la Luna.

—En sueños, querido Chonón, todo es posible.

—Pues yo recuerdo haber leído en un libro algo sobre un viaje a la Luna dentro de una bala de cañón.

—Lo que tú has leído no pasa de ser una fantasía. Imagínate que habría que construir un cañón de más de diez kilómetros de largo. La bala para este cañón tendría que pesar muchas toneladas, y puedes calcular por esto la fuerza que sería necesaria para que este proyectil recorriera la distancia que hay de la Tierra a la Luna.

—Bueno, pues supongamos que ya está resuelto lo del cañón, la bala y la fuerza para lanzarla.

—Puestos a suponer cosas fantásticas, es más cómodo que supongamos la construcción de una escalera que llegase a la Luna, ¿no te parece?

—Como quieras.

—Pues ni con la bala ni con la escalera podrías realizar tus sueños. Llegarías a un punto en que la presión atmosférica te haría reventar como una bomba.

—¡Hoy estás imposible, querido buho!

—El que está imposible eres tú. Te empeñas en que yo te dé solución a cuestiones que no la tienen. Yo no tengo la culpa de que las cosas sean como son. También a mí me gustaría mucho poder realizar lo que tú has soñado.

—Sería cosa estupenda, ¿eh? ¡Qué magnífico sería eso de decir: «Hoy nos convida Don Turulato a comer en Marte, y luego vamos a ir a jugar a un hotelito que se ha comprado Currinche en Mercurio!»

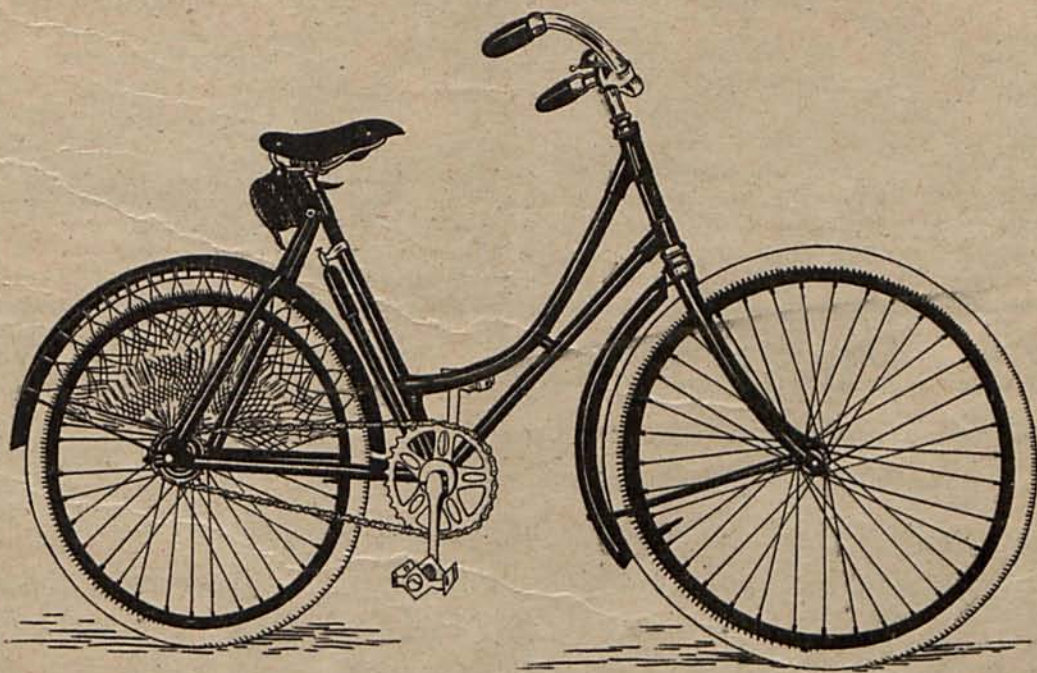
—Me parece que tú estás todavía soñando, Chonón.

—No lo creas; pero me voy ahora mismo a dormir, a ver si siquiera en sueños, disfruto de estas cosas tan agradables.

—Lo mejor que puedes hacer, es eso: irte a dormir.

—Pues no espero más. Hasta mañana.

—Hasta mañana, y que descanses.



Magnífica bicicleta, que regalo a mis suscritores en mi
TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS

LOS REGALOS DE ENERO

Sorteados los regalos de PINOCHO del mes de enero, han correspondido a los siguientes suscritores:

- Primer premio. . . 25 pesetas en dinero, a D. Juan José Vélez.—Burgos.
 Segundo premio. . . 15 pesetas en libros, a D. Manuel Reyna.—Cádiz (Málaga).
 Tercer premio. . . 10 pesetas en libros, a D. Angel Riesgo.—Cudillero (Oviedo).
 Cuarto premio. . . 6 pesetas en libros, a la Srta. Angeles Albiñana.—Valencia.
 Quinto premio. . . 4 pesetas en libros, a la Srta. Pepita Odriozola.—San Sebastián.

En estos sorteos entran todos los suscritores por un año, un semestre o un trimestre. Los números premiados corresponden a los de sus recibos de suscripción.

Para retirar los premios será necesario escribir a PINOCHO (Apartado 447.—Madrid), indicando el número del recibo de suscripción, la dirección completa del PINOCHISTA premiado e incluir un retrato del mismo, que se publicará en uno de los números subsiguientes de PINOCHO. El retrato debe ser suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista premiado esté con otras personas.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



Rubén M. Bustelo.
Segundo premio del mes de Septiembre del sorteo mensual de regalos a los suscritores.
15 pesetas en libros.



Magdalena Datas.
Segundo premio del mes de Noviembre del sorteo mensual de regalos a los suscritores.
15 pesetas en libros.



Antonio Aparicio.
Primer premio del concurso de problemas y pasatiempos del mes de mayo.
25 pesetas en libros.



Elvira Serrano Raya.
Segundo premio del concurso de problemas y pasatiempos del mes de mayo.
20 pesetas en libros.



Rafael Cerda.
Primer premio del concurso de problemas y pasatiempos del mes de abril.
25 pesetas en libros.

*VALE por una rebaja
del 25 por ciento a favor
de mi amigo y suscriptor
Don*

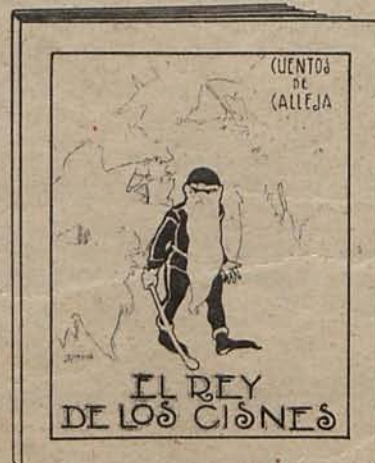
(1)

Pinocho

Todo suscriptor a PINOCHO que compre libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea una peseta de cada cuatro que importe su pedido.

(1) Escribese aquí el nombre del suscriptor. No siendo suscriptor, no se puede usar este vale.

DE LA COLECCIÓN CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES PRIMERA SERIE



Precio 6 pesetas.

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Apartado 447, Madrid, remite a toda España y América éstas y todas sus publicaciones a quien las pida, enviando su importe, más 0,75 pesetas para gastos de envío certificado.

PAPEL PINOCHISTA PARA CARTAS

Con los retratos de Pinocho, Pirula, Paco Morronguis, Don Turulato, Currinche y Chapete.

ES EL QUE DEBE USAR PARA ESCRIBIR TODO PINOCHISTA

... porque es el más bonito, ... porque es el mejor y ... porque es Pinochista.

Cada carpeta con seis pliegos y seis sobres, 0,65 pesetas. Cinco carpetas, 3 pesetas.

EL PAPEL PINOCHISTA SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS PAPELERÍAS Y EN LA

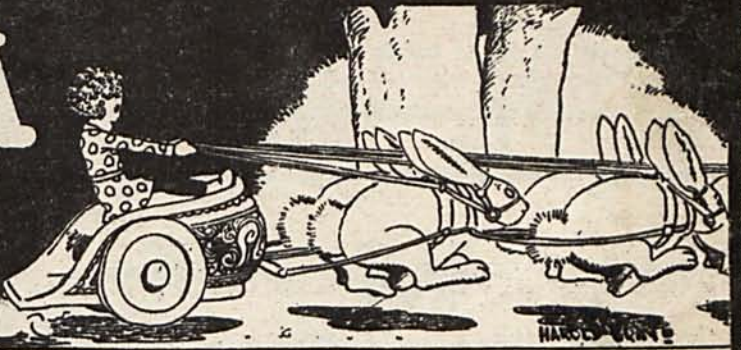
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.

Calle de Valencia, 28.—MADRID

Inclúyase el importe con los pedidos, y si importan menos de 10 pesetas, aumentense 0,75 para gastos de envío. Los suscritores a PINOCHO no tienen que aumentar nada por gastos de envío.

ANITA

BUEN-CORAZON



¿ES ESTA LA FINCA QUE HA COMPRADO MI PADRINO PARA QUE ME RESTABLEZCA?

¡SI, SEÑORITA ANITA! ¡ESTAMOS ENTRANDO EN ELLA!



¡QUE ENTRADA MAS HERMOSA TIENE!

¿DÓNDE VAMOS AHORA?

A DAR UN PASEITO POR EL SOL ANTES DE COMER



LOS JARDINES SON MUY EXTENSOS ¿QUIERE LA SEÑORITA QUE COJAMOS UN RAMO DE FLORES?

NO! SON MUY LINDAS ESTAS FLORES Y PREFIERO DEJARLAS CRECER!



¡HOLA, VETERANO! ¡SI TENGO LA SUERTE DE QUE MIS PIERNAS SE FORTALEZCAN TÚ HAS DE SER MI CABALLO DE SILLA! ¿VERDAD?



ESE ES EL YACHT QUE EL SEÑOR DIJO QUE ESTABA A LA DISPOSICIÓN DE USTED.

¡ES UN HERMOSO BARCO! ¿NO ES CIERTO?



DESDE ESTA TERRAZA SE CONTEMPLA EN LOS DIAS DESPEJADOS UN PANORAMA ESPLÉNDIDO



Y AQUÍ, EN SU SALONCITO, LO ENCONTRARÁ ADMIRABLE AÚN EN LOS DIAS MÁS NUBLADOS. LA VISTA ES TAMBIÉN EXCELENTE.

¡AAAAH!



¿QUIERE LA SEÑORITA TOMAR ALGO DE ESTAS AVES?



¡SI YO SUPIERA QUE MIS PIERNAS IBAN A FORTALECERSE, COMERÍA MUCHO Y, ASÍ GRECERÍA MUCHO TAMBIÉN! ¡PERO.....!



¡AHORA, SI DESEA ALGO NO TIENE LA SEÑORITA MÁS QUE LLAMAR AHORA LE DEJARÉ EL APARATO DE RADIO EN MARCHA PARA QUE SE DUEMA AL ARRULLO DE UNA BONITA MÚSICA



SOY HUÉRFANA Y ADEMÁS IMPEDIDA, PERO MI PADRINO SE DESVIÓ POR MÍ. ¡SI NO HUBIERA GENTES COMO MI PADRINO SERÍA EL MUNDO UNA DIABLERÍA!

De la estupendísima **SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE** que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astuto rival de trapo.—Precio: **1,50 pesetas**.—De venta en todas las librerías.—La EDITORIAL "**SATURNINO CALLEJA**", S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, remite a toda España y América esta y todas sus publicaciones a quien se las pida acompañadas de su importe.

I

DESAFÍO SENSACIONAL—LA R. P. «LOS CHAPETONES»—LA MAR ESTÁ EN CALMA



o se hablaba de otra cosa. El interés que la sensacional noticia había despertado era tan grande, que puede asegurarse que durante una semana no hubo comida que no se quemase, ni sueño reposado, ni trabajo que se hiciese a derechas.

Todas las conversaciones empezaban de la misma manera: «¿Se ha enterado usted del desafío?» «¡Ya lo creo!» «¿Y usted quién cree que vencerá?» «¡Hombre! le diré a usted...»

En las calles, en los tranvías, en los cafés, hasta en los teatros, sólo se oía hablar de lo mismo. Era una preocupación universal. Y se explica, porque partido de fútbol tan emocionante como aquel que se preparaba no se había jugado desde que el mundo es mundo ni, probablemente, se volvería a jugar. ¡Como que se trataba, nada menos, que de un encuentro entre la Real Pirata «Los Chapetones» y la selección muñequil «Los Pinochistas»!

La historia de este sensacional encuentro era la siguiente:

Un buen día, Chapete, el rabioso muñeco de trapo, el indomable rival de Pinocho, había lanzado, ante el mundo asombrado, un reto terrible. El formidable pirata desafiaba a su enemigo Pinocho a jugar un partido de fútbol y apostaba cinco millones de pesetas a su favor.

La noticia cayó como una bomba. Ya comprenderéis que Pinocho no podía hacerse el desentendido. Cuando se es un héroe de su categoría no se puede retroceder ante ningún desafío, sea cual sea. Por eso, Pinocho contestó al punto que aceptaba, y el encuentro quedó fijado para la semana siguiente.

Y desde este momento todas las revistas se dedicaron a publicar retratos de los dos campeones; todos los periódicos publicaron un sin fin de artículos hablando del futuro encuentro; la atención pública no se ocupó más que de este asunto; el telégrafo funcionó día y noche exclusivamente dedicado a dar noticias del partido, y las apuestas que se cruzaron fueron de tal magnitud, que muchos reyes tuvieron que vender o empeñar sus coronas.

Pero lo terrible, lo espantoso, lo peliagudo era que Pinocho no había jugado nunca al fútbol.

En cambio, Chapete se había estado entrenando secretamente, a bordo de «El Chacal», durante un mes y había formado un equipo formidable. ¡Bien había tomado sus medidas el astuto pirata!

«Esta es la mía —se dijo, frotándose las manazas con satisfacción—. Ese narizotas de Pinocho está desprevenido, le desafío, y como él no sabe darle una patada ni a un carro, le meto un sin fin de *goals* en menos que canta un gallo; le gano cinco millones de pesetas y le desprestigio...; la jugarreta es magnífica... ¡Soy un hachal!»

Una vez pensado esto, llamó a Tintinelo, al que puso al corriente de sus planes, y le ordenó que le formase un equipo con los diez piratas más a propósito. El se reservaba el puesto de delantero centro.

Los piratas escogidos por Tintinelo fueron los siguientes:

Patapón, Mala Sangre, Dientes de lobo, Tira a dar, Tiburón, Pelo en pecho, Rompe huesos, Cara dura, Masca el aire y Paño negro.

Por los nombres podéis suponer qué casta de pájaros serían.

Patapón fué nombrado portero, y justo es decir que era un portero formidable. Como tenía aquellas manos tan enormes, el meterle un *goal* era más difícil que enhebrar una aguja a la pata coja. Tintinelo fué nombrado árbitro.

Y durante un mes los barcos pudieron cruzar los mares tranquilamente sin temor al asalto del pirata «Chacal»; y durante un mes, todas las princesitas del mundo pudieron dormir descuidadas, sin miedo a que el malvado Chapete fuese a robarlas; y durante un mes, la humanidad entera pudo respirar a sus anchas, porque Chapete, el infame Chapete, no se ocupaba más que de dar patadas a un balón con el fin de vencer a su rival Pinocho en el más emocionante partido de fútbol que habían presenciado los siglos.

II

PINOCHO SE ENTRENA—LA SELECCIÓN MUÑEQUIL—UN PORTERO Y UNA PORTERA

¡Purrumpum... pum!
¡¡Chass... chasssss!!
¡¡Cataplúm... Zas!!!

Estos ruidos y muchos más se oían desde la mañana a la noche en la casa que tenía el alto honor de ser habitada por Pinocho.

Y estos ruidos salían, precisamente, de la habitación ocupada por Pinocho.

¿Qué ocurría? Los vecinos estaban inquietos y atemorizados por aquel horroroso estrépito.

La señora Damiana, la portera, había subido varias veces hasta la puerta del cuarto y su mirada había pretendido, en vano, penetrar el misterio a través del ojo de la cerradura.

Aquello era alarmante.

Y, sin embargo, nada terrible ocurría en la habitación del noble muñeco, no. Aquellos ruidos que tan inquietos tenían a los vecinos, provenían, sencillamente, de que Pinocho se entrenaba en el difícil deporte del fútbol.

Si, Pinocho se preparaba para el encuentro.

Y era de ver al glorioso muñeco dando patadas a un balón y haciendo *goals* contra el aparador, contra el armario de luna o contra otro mueble cualquiera. Así llevaba una semana, y en la casa no quedaba ya cristal sano, ni plato entero, ni silla que no estuviera coja.

¿Pero qué importancia podía tener aquel desastre mobiliario si servía para evitar el desastre de ser vencido por Chapete?

Por eso Pinocho no se preocupaba lo más mínimo cuando, después de un *shoot* bien dirigido, veía caer la lámpara hecha añicos. Las lámparas se componen; una derrota no tiene compostura.

No debemos ocultaros que Pinocho estaba preocupado, enormemente preocupado. Por primera vez en su vida sentía un poquito de miedo. Es decir, no; miedo precisamente no; él era incapaz de temer a nadie. Pero sí, sentía una zozobra que le atormentaba ante la idea de salir derrotado.

En primer lugar, su equipo estaba incompleto. Después de un examen cuidadoso había logrado reunir nueve jugadores en buenas condiciones. Estos jugadores eran:

Polichinela, Arlequin, el Inglés (muñeco de trapo), Pierrot, el Gendarme (muñeco de cartón con unos bigotes formidables), el Marino (muñeco de hojalata), Pirugán (que había venido con permiso de los Reyes Magos), Petruska (muñeco ruso) y Baby (muñeco de celuloide).

Pero a Pinocho le faltaba el portero.

Claro es que había recibido ofertas de todos los bazares del mundo; pero él era prudente y no quería comprometer el triunfo aceptando a la ligera un puesto tan importante como es el de guardameta.

Y así resultaba que la víspera del partido su *once* no era más que un *diez*, cosa imposible, como comprenderéis.

El pobre Pinocho se consumía de rabia. ¿Dónde encontrar un portero?

En estas dudas estaba nuestro muñeco cuando oyó llamar a la puerta. El mismo fué a abrir. Quien llamaba era la señora Damiana, la portera, que al entrar y ver aquella habitación, antes tan ordenada, llena ahora de cacharros y muebles rotos, se quedó con la boca abierta y temblando de espanto.

—¿Qué hay —preguntó impaciente Pinocho.

—Este... te... te... te... le... gra... gra... ma... —balbuceó la pobre mujer, más muerta que viva, presentando un papel azul.

Pinocho cogió febrilmente el telegrama, lo abrió y leyó su contenido.

Los ojos de la señora Damiana adquirieron un aspecto de ojos de besugo; tal fue su estupor al ver que Pinocho, después de la lectura, empezaba a dar saltos y lanzaba gritos de júbilo en tales extremos, que la pobre portera salió disparada con los pelos de punta, rodó las escaleras y vino a caer delante de su portería, exclamando aterrizada:

—¡Pobre señorito Pinocho! ¡¡Se ha vuelto loco!!

Y dichas estas palabras se desmayó.

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura, escribe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA, S. A.», calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe PINOCHO, FUTBOLISTA, y remitiendo su importe (1,50 pesetas, más 0,75 para gastos) lo recibirá inmediatamente.